E. M. PERALTA

MASFERRER HUMORISTA

SEPTIEMBRE DE 1933

(2ª EDICION)

928.6
96p

SAN SALVADOR
EL SALVADOR, C. A.

1941



DOCTOR HONORIS CAUSA

BIBLIOTECA NACIONAL
República de El Salvador, C. A.
SAN SALVADOR

BIBLIOTECA NACIONAL
República de El Salvador, C. A.
SAN SALVADOR

MASFERRER HUMORISTA

CONFERENCIA DICTADA
POR EL SEÑOR INGENIERO

DON JOSE MARIA PERALTA LAGOS,

CORRESPONDIENTE DE LA
ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA.

SF 978.6
M 396p

ESTA CONFERENCIA HA SIDO TOMADA DE LA SERIE XVII, NÚMERO 1, DE LA REVISTA "LA UNIVERSIDAD".

Señor Subsecretario de Instrucción Pública;
Señor Rector de la Universidad;
Distinguida Concurrencia:

He sido altamente honrado por la Universidad al encomendarme un número en la ceremonia que nuestro primer centro docente celebra hoy en homenaje a la figura esclarecida del más alto de nuestros pensadores y apóstol de la cultura nacional, el talentoso escritor don Alberto Masferrer.

Sin capacidad ni merecimientos para juzgar, ni para encomiar siquiera la labor proficua del maestro, no solicité el difícil encargo, pero tampoco podía rehusarlo.

Conocí a Masferrer en el Liceo, siendo ambos niños, y jamás mis ojos perdieron de vista su estela luminosa, ya que fuí siempre uno de sus constantes admiradores, aun en aquellas ocasiones en que intereses secundarios y hasta mezquinos nos distanciaron en apariencia, mas no en ideología. La suya encarnó cuanto de noble cabe en lo humano, y todo hombre en cuyo corazón pueda prender una chispa de las doctrinas inefables de Jesús o del amor en que ardía Francisco de Asís, había de sentirse atraído por la palabra dulce, convincente y profunda de nuestro pensador eximio.

Alberto Masferrer, por lo mucho que valía ha sido discutido, a veces agriamente, como bien lo sabéis; pero en esta casa no se le discutió y se le hizo justicia.

Nuestra Universidad, templo donde se rinde culto a la razón, abrió sus puertas al modesto educador al mismo tiempo que le concedía el máximo honor: el título de Doctor honoris causa.

Desde hace un mes el nombre de Masferrer aparece en la primera plana de nuestros diarios, y últimamente, distinguidos admiradores suyos difundieron por la radio diversos

estudios sobre los distintos aspectos de la vida y actividades del ilustre ensayista.

Además, por encima de cuanto pudiera decirse en su honor está su obra impresa, unos modestos volúmenes, no muy numerosos y pobres en apariencia, pero cuyo contenido es oro, no de ley sino de veinticuatro quilates.

Con menos ejecutorias que algunos de sus muchos admiradores, ¿qué podré deciros que no sepáis ya?

Masferrer educador; Masferrer apóstol; Masferrer periodista, Masferrer poeta, Masferrer y los niños...

Desde todos esos puntos de vista y en cualesquiera de aquellos planos, la figura de Alberto se agiganta en su serenidad augusta, marcada con el sello de tristeza que acompañó siempre a los grandes pensadores.

Sin embargo, hay un aspecto en el Masferrer escritor que no ha sido tratado de un modo especial: su humorismo.

No me siento con fuerzas para profundizar en este tema ni para tratarlo siquiera someramente; mas ha de servirme de pretexto para refrescar vuestra memoria leyéndoos páginas suyas que algunos saboreamos ya, pero que muchos de mis oyentes no conocen porque son muy jóvenes y aquéllas fueron escritas quince años ha.

¿Masferrer humorista?

Sí, y nada hay de extraño... Tenía que serlo como lo fueron otros grandes decepcionados—Cervantes, Quevedo—y los atormentados de todos los tiempos, al comprender que es utópica por ahora, y acaso lo sea siempre, la realización de su ideal o sea el bien colectivo.

No hace mucho, en un pobre elogio al amigo cuya pérdida lloramos, escribí esta frase: «Y amable supiste esgrimir la burla fina y la ironía sutil contra el poderoso egoísta y engreído, y manejaste con tu maestría habitual el género festivo ennobleciéndolo».

Masferrer, escritor completo, dotado de un talento especial, cultivó todos los géneros con igual habilidad, discreción y elegancia, y las musas, subyugadas por sus nobles sentimientos, digno corolario de aquellas cualidades, le favorecieron a manos llenas...

Por no habérseme advertido sino hace pocos días que os dirigiría la palabra en esta solemne ocasión, no he podido documentarme, y faltándome arrestos para lucubrar sobre un tema tan difícil, en vez de exponer sólo ideas propias pobremente vestidas, que otra cosa no me sería dado hacer, prefiero

traer a cuento las de autores de indiscutible mérito, que éstas, sí, vienen vestidas con la opulencia de riquísimo lenguaje.

El humorismo es UNO, pero hay cuatro modos de expresarlo: con la palabra, con el lápiz, con la pluma y con la mímica. Esta forma es nueva y no es otra cosa que el humorismo llevado a la pantalla. El rey, hoy día, es el inglés Carlos Chaplin.

El humorismo en la oratoria es arma formidable que usan con éxito los más prominentes políticos en asambleas, mitines y congresos.

Una burla oportuna o una frase irónica soltada a tiempo, a veces producen más efecto que un discurso sesudo y erudito. Por eso la sátira es un arma tan temible, y como su manejo no es dado sino a quienes reúnen el gracejo al talento, muchos abominan de ella y piden que sea declarada fuera de la ley, lo mismo que si se tratara de gases venenosos o de bombas cargadas con mortíferos microbios.

Pero, ¿qué es el humorismo?

No es cosa nueva, indudablemente, que algo de ello encontramos ya entre los satíricos griegos y latinos.

Del humorismo en pintura, o sea la caricatura, el ilustre crítico de arte don José Francés se expresa así:

«Porque la caricatura, además de ser como es en otros países y empieza a serlo en España, piqueta y tea incendiaria y florete que busca el corazón, es un elemento decorativo extraordinario».

Es cierto. No podré olvidar nunca el efecto que me hizo la sala de redactores de «A. B. C.», con aquel maravilloso friso pintado por Bagaría, el genial caricaturista de «El Sol».

De Thackeray es esta frase: «El humorista no sólo pone de relieve el ridículo de las cosas, sino que, además, evoca la piedad, la ternura y la compasión en pro de los que sufren. El humorista es una especie de predicador laico. El humor es una manera especial y singularísima de ver y sentir las cosas; es una anticipación, un paso adelante—a veces dado en falso—para romper el ritmo de lo normal».

¡Predicador laico! ¿No lo fué siempre Alberto Masferrer?

Pasemos ahora al humorismo literario, que es el que atañe particularmente a nuestro dilecto escritor.

Lestrange ha dicho: «Los más profundos filósofos han declarado que una definición del *humor* era cosa humanamente imposible».

«El humor fué introducido en el vocabulario de la crítica por los ingleses, según algunos, y entre ellos hay que buscar los más grandes humoristas».

El diccionario de la Universidad de Oxford lo define así: «una imaginación jocosa, menos intelectual, pero más simpática que el ingenio».

Según el gran Menéndez Pelayo, gloria de las letras españolas, «el humorista no se fija en una locura o extravagancia individual; para él no hay necios sino un mundo de necedad, una necedad infinita».

«Rebaja lo grande o exalta lo pequeño, pero no a la manera que lo verifican la parodia y la ironía, sino aniquilándolos el uno por el otro, ya que delante del infinito toda es igual y todo es nada. Esta *universalidad* del humor puede expresarse simbólicamente y por partes, como lo han hecho Rabelais, Sterne y otros, o bien, y es procedimiento más elevado, presentando totalmente las grandes antítesis de la vida como las presentan Shakespeare y Cervantes. El verdadero humorista es dulce y tolerante con las flaquezas particulares que tanto excitan la bilis del satírico, porque el humorista empieza por reconocerse afín con la humanidad y partícipe de su miseria».

«En el fondo el humorismo es cosa muy seria, como que entraña la idea aniquiladora e infinita... El humorista divide su *yo* en dos factores, finito e infinito, y hace salir el segundo del primero. *El humor* nunca es involuntario ni se ignora a sí mismo».

«EL VERDADERO HUMORISTA ES DULCE Y TOLERANTE CON LAS FLAQUEZAS PARTICULARES...» dice el gran montañés.

¿No es éste uno de los aspectos más simpáticos de Masferrer?

Cejador, otro erudito español, dijo: «El humorismo es la ironía filosófica del sabio desengañado, que, cansado de buscar lo que su alma ansía, cae desfallecido y se sonríe de todo para consolarse; es el epifonema del escéptico...»

En España fué don Rámón de Campoamor, el poeta filósofo de los «Pequeños Poemas», el portavoz del escepticismo de su tiempo.

Ya es hora de que os regale, y al hacerlo comprobaré mis acertos con los párrafos que he entresacado de aquellos

ocho artículos maravillosos que Masferrer escribió ahora 14 años, pocos días después del terremoto del 28 de abril de 1919.

Vais a permitir una pequeña digresión.

El año 16 puse a mis hijos en el Colegio de Masferrer.

Fuí a los exámenes de fin de año, como era mi deber, y recuerdo este detalle que referiré para que os convenzáis de que Alberto era humorista, y de los finos.

Notando que los pupitres no tenían candado, le dije:

—¡Cómo! ¿Usted ha logrado evitar los robos entre los alumnos?

—No,—me respondió bajando la voz;—pero he logrado que el delito sea menor... Así no hay robo con fractura: sólo hurto...

* * *

El terremoto de junio del año 17 le obligó a ausentarse de la capital y a refugiarse en Alegría, su pueblo natal.

Y desde aquellas remotas alturas continuó incansable su obra redentora, publicando al efecto un semanario minúsculo.

Como yo le instara a regresar y a reanudar su labor docente, en una carta me expuso las mil dificultades con que tropezaba, y me refirió que acababa de recibir proposiciones del Presidente de Honduras para fundar un Colegio en Tegucigalpa.

Apenado con la noticia, pensé que no debíamos permitir que aquel gran maestro se ausentara del patrio suelo para llevar la luz a otro país, y le hablé del caso a don Carlos Meléndez, quien, de acuerdo conmigo, me pidió que escribiera a Masferrer ofreciéndole su apoyo.

Y así fué como Alberto permaneció en su patria y tuvo motivos de gratitud para aquel mandatario.

No habían pasado dos años cuando la capital fué víctima del terrible sismo del 28 de abril de 1919.

A raíz de este nuevo desastre fué cuando Masferrer escribió los ocho bellísimos artículos que publicó en un diario local con el título colectivo de «En Busca del Epicentro».

Voy a leer una parte del primer artículo, seguro de que os regocijaréis agradeciéndomelo, y luego añadiré a los vuestros algún comentario de mi cosecha.

«EN BUSCA DEL EPICENTRO»

I

«Tarea agradable, a lo que parece».

«Mas no fácil».

«Ahí tienen ustedes que todavía no estamos de acuerdo sobre cuál fué el epicentro de aquellos del 7 de junio, hace apenas dos años, y ya nos vemos obligados a correr y hus=mear y bucear y hablar jerigonza, para llegar, si llegamos, a la conclusión de que, «en nuestro concepto humilde podría sospecharse con algunas probabilidades de acierto, que el foco se halla, tal vez por ahí, debajo del suelo, a más o menos profundidad de la superficie, y a una distancia imprecisa, no demasiado lejos ni cerca en demasía, con intenciones más o menos aviesas, según lo manifestarán los sucesos que vengan; a menos que el tal foco se haya mudado de habitación y ya no esté ahí sino en otra parte».

«Confesemos que para llamarle a esto ciencia, se nece=sita una gran dosis de humildad, y para correr desalados por esos cerros, con estos calores, en caballejos de alquiler y con las tortillas tan escasas, en busca de semejantes resultados científicos, se necesita de veras, amor a la ciencia, a una ciencia que, por supuesto, algún día lo será de cierto y mere=cerá llamarse así; pero que, entre tanto, es un rompe=cabezas que nos está quitando a los profanos el poco juicio que nos dejaron los terremotos de hace dos años y los de hace diez días».

«Naturalmente, no censuramos a los tres o cuatro hom=bres sinceramente estudiosos que se vienen consagrando a sismologizar en tan difíciles condiciones. Al contrario, los admiramos y aún les envidiamos: se necesita corazón, enten=dimiento, desinterés, fortaleza moral y física para entregarse a investigaciones que no pueden hacerse en el escritorio, con la taza de café a un lado y la cigarrera del otro lado, sino entre peligros y fatigas e incomodidades de todo género. Y, todavía más, se necesita paciencia de santo para confiar los escasos resultados de esas fatigas y peligros a un público que, o casi no sabe leer, o lee con arrebato, sin comprender apenas los términos y entiende las cosas a la diabla, cogiéndolas siempre al revés, mirándolas por su aspecto desfavorable, o simplemente censurándolas, por hábito, sin haberlas siquiera leído».

«Antójasenos que nuestros jóvenes sismólogos son, pues, casi unos héroes, dignos de respeto, admiración y ayuda, y la única tacha que ponemos a sus esforzadas labores es... que nos están causando bastante daño actual a cambio del grande y seguro provecho venidero que nos traerán sus investigaciones, cuando, al andar de los años, hayan visto y revisto, compilado y comparado, examinado y vuelto a examinar, refutado o confirmado, rectificado o ratificado, repetido y vuelto a repetir la observación, una, diez, cien y mil veces, hasta que los fenómenos se vean obligados a entrar en el molde sereno de las series, y éstas se armonicen y unifiquen hasta cristalizarse en leyes».

«Tal manera de trabajar, digámoslo de una vez —único método que conviene al trabajo científico—tal sisfema de trabajar, reposado, asiduo, sereno, vigilante, paciente y minucioso, no sólo no puede encontrar una atmósfera conveniente en la prensa diaria, sino que, precisamente los diarios con su peor enemigo. Los diarios, leídos de carrera, escritos de carrera, comentados de carrera, no son, absolutamente, el campo de acción para hombres que necesitan tratar sus cosas con entera serenidad; discutir fríamente, imparcialmente, acuciosamente; examinando todos los matices, de las palabras y de las ideas, todas las circunstancias de cada hecho, todas las variantes de cada fenómeno».

«Positivamente, los diarios no son campo adecuado para los trabajos científicos».

«Si todavía se tratara de cosas ante las cuales los lectores pudiéramos permanecer tranquilos, no tan malo: por ejemplo, poco daño habría en que nuestros astrónomos discutieran en la prensa diaria sobre los anillos de Saturno, o sobre el espacio de cuatro dimensiones. Seguirán la discusión únicamente los iniciados, y la gran masa de lectores pasaría sobre ella, indiferente o simplemente curiosa, entendiendo mal, adquiriendo retazos de nociones, que, por ser retazos, aumentaría un tanto su pedantería».

«Pero en el caso actual, casi no hay un solo lector que no esté agitado por la tristeza, por el miedo, por la zozobra, por la ruina: unos quedaron sin trabajo, otros sin bienes, otros sin hogar, otros sin padres o sin hijos, otros inválidos, otros afligidos en infinita forma. La psicología de todas estas gentes es de dolor, de inquietud, de temor, de pesimismo, en fin. Si pudiera mostrárseles algo cierto, seguro, evidente, algo en fin, que fuera verdad, eso les confortaría o por lo menos,

les llevaría al campo de la certidumbre, que siempre vale más que el de la oscuridad y de la duda. Digasenos, por ejemplo; demuéstresenos que dentro de ocho días nos vamos a hundir, o que mañana, mañana no más, volaremos por el aire o pereceremos asfixiados, y por tremenda que sea la noticia, nos servirá siquiera para arreglar nuestras cuentas con Dios, que no es poco arreglar».

«Pero todo ese hablar incierto, contradictorio, arrebatado, impreciso, nervioso, a un público trastornado por el miedo y por la tristeza, no sirve sino para aumentar nuestros males, para rematar nuestro desorden moral, y llevarnos el poco dominio de nosotros mismos que todavía nos queda».

«En un segundo artículo de esta serie, concretaremos y detallaremos algunos de los daños causados por este sistema de hacer sismología, y procuraremos también indicar lo que en justicia les debemos a nuestros sismólogos, indudablemente esforzados y bien intencionados».

* * *

En lo que acabo de leeros habréis notado la solidez de los conocimientos generales de Masferrer, y la suavidad con que se burla de la incipiente sismología y de sus ingenuos sacerdotes criollos.

La lógica de su crítica no puede ser más simple, y el estilo, reposado o fogoso, sin chocarrerías ni exageraciones, corresponde al humorismo de buena ley.

En los capítulos siguientes priva la seriedad, aunque no faltan las observaciones picarescas y donaires del mejor gusto.

Trata a fondo el criminal error de haberse empleado los adobes en nuestras construcciones después de la severa lección del año 17, y su crítica fué tan contundente que, el Gobierno, inspirándose en las ideas del maestro, dictaba poco después las reglas básicas de la construcción en San Salvador, y prohibía en absoluto el empleo de los adobes.

Porque Masferrer, a ese respecto escribió este párrafo: *«Corresponde a las autoridades, antes que todo, reglamentar y controlar la edificación, a fin de que ésta ofrezca el máximo de seguridad, para reducir así y de antemano, los daños de la catástrofe inmediata, a su expresión mínima».*

Cuando se habla así, los que escuchan, por altos que se hallen, no tienen más remedio que inclinarse.

Tratando del mismo asunto y refiriéndose a los que cumplirían difícilmente las nuevas ordenanzas, escribió este párrafo en el capítulo IV:

«Parece duro esto, y en algunos casos lo sería, sin duda; pero en otros, en la mayor parte quizá, sería de visible provecho para todos. Tal casero—y son muchos—que apenas dispone de recursos para edificar una ratonera, matadero de cristianos, húmeda, estrecha, con patio que se salva de un paso, con ventanas supuestas, con excusado que casi se mete a la cocina, con agua que se vierte a seis gotas por hora, con dos piezucas que sirven de sala, dormitorio, comedor, gallinero y cuarto de telengues; tal propietario exangüe, vendería muy bien su mansión por mil o dos mil pesos; se iría a Zaragoza, a Sensuntepeque, a Ozatlán, a San Cristóbal, a cualquier parte; con doscientos pesos compraría un terreno, con otros tantos tendría buena casa; y con los seiscientos restantes se haría director de la cosa pública. Al año siguiente fuera Alcalde, o vendría en forma de diputado, al Salón Azul, a resolver problemas o a timonear la nave del Estado».

«Ocasión es ésta de que digamos que vive en San Salvador mucha gente, pero mucha, que nunca debió vivir aquí: que nunca hubiera venido acá si estadistas entendidos y serios hubieran a tiempo, emprendido el trabajo de evitar la despoblación de los campos. Este mal grandísimo, fecundo en toda clase de calamidades, que se llama despoblación rural y que produce inmediatamente la saturación urbana, la superpoblación de las ciudades, aqueja gravemente a nuestro país. según puede verlo todo el que quiera observar las cosas atentamente».

«En 1879, San Salvador tenía 25,000 habitantes; hoy, a los cuarenta años justos, alcanza a 100,000, por lo menos. La población se ha cuadruplicado, y a primera vista, el hecho es muy satisfactorio».

«Pero ¿averigüe Ud. de dónde provino la mayor parte de la población nueva? No fué del aumento de natalidad de los aborígenes, de los oriundos capitalinos, porque San Salvador carece—y antes era peor,—de régimen sanitario y condiciones físicas, morales y mentales para dar origen y sostener ese aumento de natalidad. Una ciudad que en cuarenta años ha sufrido cinco terremotos, dos o tres epidemias de fiebre y de influenza, y una de viruela, una batalla en sus calles, varias veces el estado de sitio, luchas electorales mortíferas, rencillas políticas que duran años, incendio de sus mejores

edificios públicos, escasez de agua, zancudos a pasto, caballerizas y jabonerías, paludismo constante, falta casi absoluta de baños públicos tolerables y un sistema de barrido que casi se limita a cambiar las basuras de un lado a otro de la calle; una ciudad, así decimos,—aunque día por día ha ido mejorando—no ofrece ni remotamente las condiciones necesarias para originar y sostener un aumento considerable de natalidad».

«No; lo que ha pasado es otra cosa; es que se han venido a centenares, a millares, los campesinos de Chalatenango, de Usulután, de Morazán, de La Unión, de todos los departamentos; las familias pobres de una infinidad de poblaciones pequeñas y medianas, que perdieron allá su modesto pasar, su manera humilde pero suficiente de ganarse la vida, y han invadido la capital en busca de lances de fortuna o de míseros expedientes que les permite vegetar mientras les llega el día de acabar sus días».

«Aquí están viviendo de empleíllos innecesarios, creados caritativamente para ellos; de vender billetes de la lotería, de lustrar zapatos, de enseñar lo que no saben, de agentes electorales, de vender novelillas tontas e indecentes; de la proxenecia, de pequeños oficios de tan escaso lucro, que no les da sino para vivir en cuchitriles y nutrirse de queso podrido; clientela perenne de mesones y de montepíos, que viven sin vivir, hambreando, mendigando, corrompiéndose y corrompiendo».

«A cuántas, ¡ay!, a cuántas de esas gentes conocimos, en nuestra niñez allá en sus aldeas, sencillas, sanas, alegres con su pobreza y su trabajo...»

«¿Pero dónde nos ha traído la pluma? ¿No era de los epicentros de lo que estamos tratando? Justamente, pero es que los epicentros, las causas de los estragos, de los terremotos; aquéllas por lo menos, sobre las cuales podemos influir; aquéllas que nos es dable únicamente modificar en favor nuestro, no se hallan debajo de la tierra, sino encima: en nosotros, en nuestra manera de vivir; en nuestro régimen social, político e individual; en nuestro concepto de la vida; en la manera que tenemos de realizar ese concepto».

* * *

¿Quién ha tratado entre nosotros estos problemas con tan buen criterio y desenfado igual?

En el capítulo V trata del *segundo epicentro* o sea de *nuestra actitud familiar e individual en presencia de los terremotos.*

Tampoco aquí hay nada desperdiciable.

Hablando de la necesidad de adaptarse al medio, escribe esto:

«¿Llegó uno a Liverpool, a San José de Costa Rica? Guarda el revólver, para que no se lo quite la policía. ¿Regresó a San Salvador? Saca los revólveres y se mete uno en cada bolsillo, para que no digan que uno es miedoso y para que la sociedad elegante no le cierre las puertas. En lo moral y en lo físico nuestra inclinación, nuestro interés, nos lleva a ponernos de acuerdo con el medio. En lo moral se paga la falta de adaptación con grandes disgustos, con enojos constantes, y a veces con la vida; en lo físico se paga con la pérdida de la salud; hartas veces con la pérdida de la vida».

«"Herrar o quitar el banco", dice el proverbio: adaptarse al medio, o irse del país o irse de este mundo».

* * *

¿Puede concebirse una ironía más cruel?

En ese *brochazo* el maestro no empleó el pincel sino el látigo.

«Adaptarse al medio o irse del país». Esto fué lo que hizo Alberto muchas veces. «Pero volvía»,—dirán ustedes.— Es verdad: más adelante daré la penosa explicación.

El capítulo VI lo dedica al «arte de salir corriendo», que es el medio más elemental de evitar que la casa nos aplaste en caso de terremoto.

Bien quisiera leeros el capítulo entero, mas no es posible. Sin embargo, apelo a vuestra benevolencia y me permito regalaros con estos párrafos:

«Con seguridad a nadie le ocurrió jamás la idea, menos la obligación de escribir sobre un tema cual éste que me toca desarrollar: *el arte de salir corriendo.* Se necesitaba ser muy miedoso y además un tanto loco, para imaginarse que en el acto instintivo, y no muy elegante, de echarse a correr, podía esconderse una filosofía, una norma de conducta y hasta una virtud».

«Así es, sin embargo, y hasta se me antoja que al andar de los tiempos, este descubrimiento mío, que yo aplico úni-

camente a la defensa contra los terremotos, se hallará ser una verdad fecunda, trascendental, capaz de aplicaciones infinitas; una levadura que dará sabor y contextura nuevos a la moral y a la ciencia, al trabajo y a la política».

«Como todas las grandes invenciones, que acaban por atribuírsele a un descubridor único, ésta contó con numerosos precursores: el instinto de las multitudes había presentido la grande eficacia de la fuga y habían expresado su presentimiento en diversos refranes, de los cuales estos dos, son gráficos: "ojos que no ven, corazón que no siente", medicina para todos los males del sentimiento, y "poner tierra de por medio", infalible contra una infinidad de dolencias, especialmente las de carácter financiero, en su forma aguda. Entre los grandes políticos de la Historia, hubo quienes, como Enrique IV, debieron la mayor parte de sus éxitos al talento de huir a tiempo, y en estos días, los Imperios Centrales acaban de mostrarnos cómo una derrota definitiva y total se puede convertir en una semi-victoria, en una paz bastante aceptable, con sólo tener miedo en el instante preciso».

«Quede, pues, sentado que en la frase "tomar las de Villadiego", entendida generalmente como despreciativa, puede esconderse, y se esconde una profunda filosofía, una regla de prudencia, una seguridad de éxito».

«La religión, en fin, nos enseña que el principio y el resumen de toda sabiduría se halla en el temor de Dios. Delante de Dios, nada de bravatas, ni de argumentos, ni de citas científicas, ni de sismología; si Dios se nos muestra irritado y nos patentiza su cólera en forma de terremoto, a causa de nuestra sempiterna bellaquería, lo prudente, lo cristiano, lo provechoso, no será quedarse ahí esperanzados en el microsismógrafo, mientras la casa se derrumba y nos mata, sino echar a correr a toda vela, con todas nuestras piernas, arrojando de nosotros durante la carrera, la costumbre de escribir mentiras, de hacer pan de bicarbonato, de *sacar* aguardiente, de vivir del póker y del *cuchumbo;* de no remunerar debidamente el trabajo de nadie, así nos maten; de no difamar a los mismos a quienes diariamente les pedimos favores; de no confundir la patria con nuestro depósito en el Banco; de, de, de, de, de...»

«Pero señor —contesta usted— ¿y los mañosos? Si dejo las puertas de par en par ¿no se van a meter los mañosos?»

«La objeción es seria y merece capítulo aparte».

SF 927.C I=055383
M 676.C
Biblioteca Nacional República de El Salvador, C. A. San Salvador

* * *

Este «capítulo aparte» con que nos obsequió puntual al día siguiente, es de los más hondos y regocijantes.

No me perdonaría si no os robara otros minutos para que saboréis lo más sustancioso. Hélo aquí.

«La dificultad, pues, consiste en los mañosos. Si no fuera el miedo a los mañosos, no habría inconveniente en dormir con las puertas abiertas».

«Pero, ¿hay mañosos en San Salvador? Si se les pregunta a nuestros detectives, dirán que sí, que hay muchos y muy atrevidos. Si se toman en serio los relatos bombásticos e interminables de algunos diarios, llegará uno a creer que esta ciudad es una ciudad de ladrones, donde si no nos quitan cada noche la sobrefunda de la almohada y la camisa de dormir, es únicamente porque nos guarda una policía más lista que un regimiento de Rocamboles».

«Sin embargo, hay motivos para dudar que así sea. Cuando el terremoto de junio, ha dos años, muchas casas aportilladas gravemente, quedaron solas, una, dos, tres semanas; sin vigilancia de ningún género; con las sillas, mesas, lavatorios y otros muebles portátiles tirados en los patios; con los tapiales enteramente derruidos, de tal manera que no había sino alargar la mano para llevarse algo. Sin embargo, nadie se llevó nada. Por darnos facha, corría la voz de que el Gobierno, para hacer respetar la propiedad, había fusilado a una infinidad de ladrones; y la decepción fué grande en los pueblos, cuando gentes bien informadas que llegaban de San Salvador, aseguraron que no se había podido comprobar un solo caso fusilable y que los mañosos no se habían dignado dar a la policía ni la ocasión de estirar las piernas en una carrera de velocidad».

«Quién haya visto cómo guardan las gentes en Italia y en Chile sus casas y sus cosas, lo mismo que en otros muchos países de Europa y de América, se reirá al recordar que se habla tanto de ladrones en una ciudad como ésta, donde los patios, en cantidad tan grande, se hallan circundados y defendidos por *acapetates,* costales viejos, vara de caña brava ya decrépitas, pedazos de latón oxidado y otras defensas similares, tan inexpugnables como ésas. Lo único que podría infundir algún respeto son los *chuchos;* pero como en vez de uno, fuerte y bien cuidado, tienen en una casa diez y siete descriados y convalecientes, resulta que no se les alcanza a

oír los ladridos, y que los mañosos, provistos de sendos *semi-fones,* en un instante podrían atraerles a todos a su partido».

«No; eso de mañosos en San Salvador, son meras imaginaciones. ¿Para qué habían de robar, exponiéndose a ir a la cárcel, lo que amigablemente se puede obtener, y se obtiene, con sólo pedirlo en las calles, en los parques y en los teatros, a toda hora»?

Mendigos y pedigüeños, sí, a nubadas; ladrones, no. Naturalmente, allá muy de tarde en tarde, se presenta algún caso, para que no se oxide la Sección de Pesquisas, y para sacar de apuros a los diaristas, agotados de tanto pensar y discurrir; pero, justamente, esos rarísimos ejemplos confirman la incapacidad del salvadoreño para el robo. Es una inhabilidad tan grande, que no sólo no logran nunca quedarse con lo hurtado, sino que ni siquiera lo ocultan y defienden lo bastante para que se luzcan los detectives».

«Así es la mañosería en San Salvador; a menos que no haya sido el joven primogénito, que se sacó los argollones de oro de mamá, o la gargantilla de coral de la tía Dominga, para venderlos y llevar con el precio una hora de marimba a Juanita».

«Esto en cuanto a la supuesta abundancia de los mañosos y a su habilidad pasmosa. Ahora, en cuanto a la posibilidad de ser robado, haremos otra clase de consideraciones. Luis Lagos, de grata memoria, nos enseñó y demostró en Santiago de Chile, en la Calle Nueva Valdez, donde él fundó y dirigía una casa de pensionistas, esta doctrina que yo profeso desde entonces. «Un ladrón que merezca el nombre de tal, jamás se meterá en una casa en donde no haya nada que robar, ni se robará nada que no pueda serle útil».

«Ahora bien, dos tercios de las casas de San Salvador, se hallan en ese caso: no hay en ellas nada que robar, nada que pueda servir de tentación a un ladrón que se estime».

«Del otro tercio, la mitad son las mansiones de don Ricardo, de don David, de don Emeterio, de don Salvador, de don Ramón y otros demócratas que tienen su dinero en el Banco y no en casa. Lo que tienen en casa es un par de mastines, grandes como toros, capaces de hacer polvo a un mañoso de cada mordisco; además, el teléfono, para llamar inmediatamente al Jefe Blanco, y dos pistolas automáticas de esas de a cinco tiros por segundo, para entretener a los mañosos mientras llega el apreciable Jefe».

«La otra mitad se compone de los ciudadanos que guardan en casa, a más de sus interesantes personas, un lazo de mecapalero, o una sartén de freír nuégados, o una batea de lavar, o un violín de aplanchadora, y raramente y muy raramente alguna boleta del montepío, valor de un rebozo o unos zapatos. Suma, veintidós reales, sin contar la persona».

«Los mañosos conocen bien la situación financiera de estas dos categorías de ciudadanos, y se dicen muy justamente: a casa de los primeros no nos conviene entrar, porque hay demasiado; a casa de los segundos, tampoco, porque no hay nada».

«Así, no les queda otro campo de acción que las casas de que hablamos primero; de los dos tercios de familias que, en realidad, no tienen nada que merezca robarse; pero en las cuales hay una infinidad de cosas, de todas edades y estilos, que sus dueños llaman sus bienes, que estiman y guardan más que a las niñas de los ojos».

* * *

El capítulo VIII y último lo dedica a hablarnos de los *chunches y telengues,* o sea de esa cantidad enorme de cachivaches que conservamos amorosamente por diversos motivos y a los que tienen particular apego las amas de casa, sean pobres o ricas.

Esta vez habla con las señoras, y entre otras cosas les dice:

«Chunche, chinche. La palabra misma es repulsiva y talepatosa, y una señora como usted, que sin duda es joven, elegante y bonita, no debiera ponerse a riesgo de que sus labios pronunciaran tan vulgar y roñoso vocablo».

«La palabreja esa, lo mismo que la cosa, han nacido, aunque de ello usted no se haya percatado, del egoísmo y de la mezquindad más ascendrados que cabe imaginarnos».

* * *

Y para terminar con el jocundo ensayo que tituló Masferrer: «En Busca del Epicentro», vais a escuchar la despedida del Maestro:

Escribió ésto:

«Señora, lo he reflexionado mejor, y... fracamente... no se puede».

«No se puede, y le voy a decir por qué: la serenidad del ánimo, ésa que demuestran los niños cuando encuentran motivos de juego en los terremotos, y las calandrias, inermes y mínimas, que sueltan el canto apenas entreasoma la Aurora, sin detenerse un instante a pensar en las infinitas fuerzas hostiles de la Naturaleza: la serenidad del ánimo es no sólo una virtud suprema, sino la flor de las virtudes conjuntas. "No se pueden contar—decía Niezstche—las virtudes que se necesitan para dormir bien". Dormir bien, largamente, pro=fundamente, serenamente, eso quiere decir que no tenemos envidia, ni rencor, ni despecho, ni avaricia, ni concupiscencia, ni odio, ni ambición, ni melancolía, ni pereza, ni gula, ni con=taminación ninguna que nos ensombrezca el alma o nos oprima el corazón».

«Para dormir tranquilamente, sin miedo a los mañosos, dejando las puertas abiertas, se necesita por lo menos alguna levadura de virtudes, y si usted tiembla por sus chunches, usted no puede tener esa levadura».

«¿Guarda usted, y cuida y vigila y acrece su tesoro de chunches?»

«Pues acabará usted por amarlos, y su corazón estará en ellos, y no podrá dormir si cree que se los pueden robar. Y para que no se los roben, preferirá cerrar todas las puertas, y exponerse a que la maten los adobes». «Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón».

* * *

Masferrer, como otros muchos, se volvió escéptico a fuerza de recibir golpes y desengaños.

En su juventud fué optimista y creyó que con leyes al=canzaríamos la soñada meta. Y allá por los años 95 y 96 se hizo parlamentarista, en unión del Maestro Gavidia, Víctor Jerez, José B. Navarro, Alonso Reyes Guerra y otros soñadores.

Años después nos refirió en festivo estilo la odisea de los que intentaron el generoso ensayo.

¿No recordáis el cómico relato que nos hizo de cuando se presentó diputado de la oposición; de su triunfo en las elecciones de la capital y de su oprobiosa derrota en Panchi=malco?

Porque fueron los humildes inditos *come=cuétanos* los que pusieron el veto al exótico parlamentarismo. «Nada de refor=

mas—dijeron—así estamos bien». (Quizás conocían la fábula de «Las Ranas pidiendo Rey»).

¡Qué triste es nuestra historia!...

Posteriormente, y de esto hará unos ocho años, un diputado ganadero pidió que se gravara con derechos prohibitivos el queso duro importado.

Masferrer saltó a la palestra defendiendo a los consumidores de queso, que aquí estamos en abrumadora mayoría, y manejando la lógica y la burla con el donaire acostumbrado, infligió una sonada derrota a los queseros *profeccionistas*.

Pasados cuatro años, se planteó en España idéntico problema, y allá fué Fernández Flórez, el sutil humorista, quien usando las mismas armas y argumentos que nuestro Masferrer, se apuntó señalada victoria en contra de las pretensiones exageradas de montañeses, manchegos, asturianos y gallegos —es de advertir que los últimos son sus paisanos—logrando que por esa vez triunfaran la razón y el buen sentido.

Si no supiera que ello era imposible, yo habría creído que el feliz autor de «Las Siete Columnas», copiaba al autor incomparable de «Las Siete Cuerdas de la Lira».

* * *

Prometí explicaros el por qué de los frecuentes viajes de Alberto Masferrer y de aquel su continuo retornar al patrio suelo.

Poseído por la más sublime de las inquietudes—el ideal de justicia—Alberto tuvo que huir a menudo de esta tierra de ciegos.

¿Por qué regresaba?

¿Acaso se sentía inadaptado en otras partes...?

Probablemente...

Cierto es que vivió en Chile, en Nicaragua, en Honduras, en Costa Rica y en otros lugares de América, ganando el pan noblemente, con su pluma.

Residió luego en Bélgica y en New York, en muy distintas condiciones...

Lo que por allá vió de novedades en organización social, muy superior a lo nuestro, tampoco podía satisfacerle... ¡falta tánto!

¿Dominaba en él el amor al terruño y nos lo devolvía la morriña?

Tal vez...

Masferrer amaba a los hombres por igual y a la tierra toda y sus criaturas; pero... siempre sintió predilección por este rinconcito amable a pesar de ser tan castigado, y un amor especial por los infelices parias aquí nacidos y que no tuvieron la dicha de morir cuando eran niños...

Alberto sabía que en su patria hacía falta, y volvía para confortarnos con palabras de esperanza...

La política, las formas de Gobierno, para él fueron cosas secundarias... Su obsesión era el problema social, la consecución de la justicia y como consecuencia el reinado de la paz...

Por otra parte, Masferrer no estaba armado para la lucha moderna, que es combate encarnizado en el que se usan todas las armas, más las ruines que las nobles, desde la garra y los dientes hasta el veneno y la calumnia...

Como suelen serlo los hombres de intelecto y de valor moral, él era modesto, casi tímido; odiaba la intriga y prefirió sufrir privaciones antes que codearse con aduladores en las antesalas de los poderosos, o que empuñar el incensario para zahumar figuras ridículas, que no otra cosa fueron los más de nuestros políticos de pacotilla.

Para triunfar, sobre todo en un país extraño, más que méritos hacen falta un espíritu aventurero, mucha audacia y sobre todo no tener ningún escrúpulo: mentir o fingir siempre; prestarse a todo.

Alberto no podía hacer eso: estaba inerme.

El valor que le sobró siempre fué el más noble: el cívico, el del cumplimiento del deber, y desafió a los poderosos y privilegiados con sus prédicas de neocristiano, al pedir justicia para el desvalido y un poco de amor entre los hombres.

Falto, para dicha suya, de las cualidades que distinguen al logrero y al caballero de industria, sólo vió abrirse a su paso las puertas de las redacciones y cenáculos literarios, donde el ayuno suele ser la recompensa del trabajo; pero las puertas doradas de los palacios que habitan los explotadores modernos o las medianías que la Fortuna loca encumbró, permanecieron herméticas.

Verdad es que él no quiso llamar, porque siendo hombre digno no manejó la adulación, ni habría ensuciado sus labios pronunciando un sésamo infamante.

Su altruismo le condujo a veces a la exageración, que no otra cosa fué aquello de «Cabemos, hermano», tratándose de nuestro país.

Y no es que Masferrer transigiera con el aventurero vulgar, porque todo hombre honrado está en el deber de repudiarlos, como se desprecia al soplón y al espía. Alberto temía hacer exepciones y pedía que nuestras puertas se abrieran para todo el que llamara, sin saber ni averiguar quién era.

¡Error...!

Nuestro país cuenta con 80 habitantes por kilómetro cuadrado, y no necesitamos de brazos extraños, y menos de gente maleante o indeseable por otros conceptos.

Más de 100,000 salvadoreños se han visto obligados a buscar el pan al otro lado de las fronteras, en tierras donde los brazos hacen falta.

¿Por qué con población de sobra hemos de abrir nuestras puertas, si el pan escasea para los de casa y cuando tantos países se han visto obligados a cerrarlas? ¿Por qué acoger al elemento nocivo de otras razas o los desechos de la nuestra?

En Costa Rica, el país más libre de América, pero previsor también, acaba de negársele la entrada a un grupo de profesionales israelitas, de los expatriados de Alemania.

Si... basta ya. Ha llegado la hora de escoger, o por lo menos de entornar la puerta...

Mas si en aras de un altruismo sin límites pudo Alberto Masferrer equivocarse en ocasiones, no por ello amenguó su grandeza, que nunca fué tan grande como al escribir desde el negro abismo del máximo desengaño y casi al borde del sepulcro, aquella magistral imprecasión en verso, digna del bronce y que tituló «BLASON».

Sí... tuvo razón. «Para juzgarlo, ¡nadie! Para acusarlo... ¡sólo su conciencia!»

¡Su figura de apóstol será más luminosa con el tiempo, y no se borrará del corazón de los salvadoreños que lo tengan bien puesto!

HE DICHO.

San Salvador, septiembre 7 de 1933.

BLASÓN

Un andrajo de vida me queda: se perdió
en misérrimas luchas lo que era fuerza y flor.
Rateros y falsarios hacen explotación
de mi luz, de mi anhelo, de mi fe y mi valor.
¡Cuánta odiosa mentira serví, sin querer, yo!
¡Cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó!
Porque fuí humilde y simple; porque en toda ocasión
creí que quien me hablaba tenía sed de Dios...

Lo que no profanaron los demás, lo mejor
que me diera el Destino, eso lo manché yo:
porque siempre fuí débil, instable y porque soy,
tal vez, un pobre loco que enloqueció el fervor...
Y entre el diablo y el mundo hicieron de mi sol,
en vez de luz, tinieblas; en vez de paz, dolor.
Mas yo no culpo a nadie de mis caídas, no,
ni me inquieta un instante mi justificación:
si por necia o por débil mi vida fracasó
y en mi jardín florecen el mal y el error,
inútil ya sería saber si he sido yo
el culpable, o la víctima de una maquinación.

Si el fruto está podrido, es que el gusano halló
en él propicio ambiente para su corrupción.
¿Fué la obra de un demonio, del azar o de un dios?
Es igual...: no revive la flor que se agostó.

Ahora, con los harapos de mi fe y mi valor,
y lo que todavía me resta de ilusión,
he de alzar un castillo, y en él, como blasón,
en un palo de escoba y hecho un sucio jirón,
haré flamear al viento mi enfermo corazón.
Y en ese vil andrajo que será mi pendón,
escribiré con sangre, menosprecio y rencor,
este emblema del hombre que es su propio señor:
PARA JUZGARME, NADIE; PARA ACUSARME, YO.

ALBERTO MASFERRER.



Ingeniero
JOSE MARIA PERALTA LAGOS

La primera edición de "Masferrer Humorista", muy corta por cierto, se agotó pronto.

Creo que gustó el retazo de la apología que hice del gran pensador y entrañable amigo, y ahora ¡cómo vuela el tiempo! Cuando han pasado nueve años del tránsito a mejor vida del dilecto escritor, quiero echar un puñado de sarmientos a la hoguera que no debe apagarse, y edito de nuevo mi conferencia.

Una de mis grandes satisfacciones me la proporcionó Alberto. Estaba en cama y fuí a verlo. Leía mi librito "Brochazos" y me dijo: "Me ha hecho llorar su cuento "Pura Fórmula". Qué cruel es la vida..." ¡Qué la paz eterna sea con el alma del atormentado amigo!